

EL ANHELO DE
HADES

LIBRO III SERIE DIOSSES EN LA TIERRA

Hilda Rojas Correa

PRÓLOGO

Hace muchas, muchas eras...

—¡Quiero a mi hija de vuelta, Zeus! ¡Te exijo que intervengas! —prorrumpió Deméter, entrando furibunda en el Gran Salón del Olimpo. Zeus, sentado en su trono, estaba disfrutando de una exótica danza en honor a él.

La música cesó, las bailarinas se miraban unas a otras con desconcierto.

Zeus se enderezó y le alzó una ceja altiva a Deméter. Su hermana mayor rara vez ponía un pie en el Olimpo. Hizo un ademán lánguido con su mano y despidió a los músicos y a las bailarinas para quedar a solas con la diosa, quien se acercaba hasta quedar frente a él, sin bajar la vista.

—¿Quieres vino? —ofreció el dios del rayo.

—Quiero a Perséfone de vuelta en La Llanura —rechazó vehemente—. Me he enterado que Hades ha sido quien la raptó y la tiene cautiva desde hace meses, y tú estabas al tanto. Ni siquiera has tenido la intención de ir en su búsqueda. Te recuerdo que ella también es tu hija. ¿Cómo es que no te sientes ultrajado por la vil acción de Hades? —cuestionó sintiendo que las lágrimas empezaban a inundar sus ojos. Parpadeó rápido para que Zeus no la viera llorar. Sin su hija, Deméter se sentía vacía y devastada.

—¿Para qué quieres a tu hija de vuelta, mujer? —cuestionó Zeus, harto del escándalo de la diosa de la agricultura—. Mejor dedícate a lo tuyo y haz que la Tierra vuelva a ser fecunda. Los humanos mueren de hambre y no querrás quedarte sin sus tributos. Sabes lo importante que es eso, será nuestro fin si nos olvidan y dan su amor a otras deidades. Hades ya la ha tomado como esposa. No podemos hacer nada.

—¿Nada? —cuestionó incrédula ante la indolencia de Zeus—. ¿¡Nada!? ¡Dioses, Zeus! ¡Lo que tú no tienes es voluntad para hacer algo! ¿Acaso no tienes el valor de enviar a alguien al Inframundo para rescatarla?

—¿Y por qué no vas tú? —espetó inclinándose hacia adelante. El gesto de Deméter se descompuso ante esa propuesta, y Zeus arremetió—: Es fácil para ti endilgarme esa misión sin arriesgarte.

—Sabes que no cualquier dios puede entrar en el Inframundo.

—Exactamente.

—Pero tú sí puedes entrar —contraatacó Deméter—. Eres el soberano de los dioses y los cielos, el Inframundo no te está vedado. ¿Acaso eres un cobarde?

—No es eso —respondió Zeus, incómodo. Hades era determinado e inflexible cuando algo le importaba y él no quería averiguar si Perséfone era un capricho o no. Se deshizo de aquella molesta sensación y bufó—. No se puede deshacer lo hecho.

—¡¡¡No me importa si la mancilló o no!!! —vociferó Deméter—. Quiero a mi hija conmigo, sea como sea. Si no vas, entonces yo...

—Entonces, ¿qué? —interrumpió. Se levantó de su trono y avanzó hacia la diosa con gesto amenazante y quedaron nariz con nariz. Ambos podían sentir el calor de sus respiraciones—. Dime, ¿qué harás?

Y, en ese momento, Deméter decidió hacer su última jugada. Por naturaleza ella no era vil ni despiadada, pero la indiferencia de Zeus la obligó a decir:

—No querrás que cierta diosa se entere de lo que haces en las Tierras Australes del Nuevo Mundo. Tu preferencia por las humanas de esa zona es irrefrenable, ¿no? Hera ha tolerado tus deslices al punto de la locura. Un día de estos, en vez de desquitarse con tus hijos o tus amantes lo hará contra ti, una vez más. Y quizás en esta ocasión no fallará.

No faltaron más palabras para persuadirlo. No quería dejar de visitar ese territorio que, gracias a una irrespetuosa nereida, estuvo a punto de perder. Las mujeres de ese recóndito lugar del mundo eran más que apetecibles, y necesitaba salvaguardar ese secreto durante el mayor tiempo posible. Zeus prefería ir al mismo Inframundo en vez de provocar la ira de su esposa.

No podía matarla, y no podía vivir sin ella. Vaya contradicción, quizás él también estaba un poco loco.

—Enviaré a Hermes —mintió, solo para no darle en el gusto a Deméter, retrocedió y se sentó de nuevo en su trono. En cuanto la diosa se marchara del Olimpo, él mismo se presentaría en el Inframundo para zanjar el asunto de una buena vez—. Mientras tanto, haz que todo vuelva a la normalidad.

—No, cuando mi hija esté a mi lado. Antes no.

Zeus no replicó. Iría a buscar a su hija.

Perséfone abrió sus ojos con una sonrisa en los labios. Las suaves

caricias de su esposo la habían despertado, trayéndola a la realidad. Las estancias privadas de Hades en el Inframundo eran un pequeño paraíso en medio del lóbrego lugar; cálido, luminoso, lleno de vida. A lo lejos se escuchaba el trinar de algunos pájaros que revoloteaban de rama en rama de los árboles que él había traído desde el exterior, y que se mantenían con vida gracias a una inextricable e ingeniosa forma de traer la luz del sol al fondo de la tierra. Había una fuente de agua que emitía un relajante sonido y colmaba el ambiente con una exuberante y fresca humedad.

Y Hades lo había hecho por ella. Se encargó de darle un pequeño jardín para que no extrañara tanto la tierra fértil de la superficie.

Jamás se había sentido más amada y más libre que en ese momento. No obstante, esa maravillosa sensación era empañada cuando recordaba a su madre.

—Oh, has pensado en Deméter, mi señora infernal —reprendió Hades con cariño. Con sus dedos, recorría la piel desnuda de Perséfone con una caricia perezosa, dibujando el contorno de sus dorados tatuajes divinos, los cuales aparecieron cuando se entregaron en cuerpo y alma por primera vez, y que confirmaban que el amor que sentían el uno por el otro era verdadero. Aquello era algo raro, precioso e inaudito en el mundo divino, al punto de llegar a ser una leyenda olvidada por todos los dioses—. Una diminuta línea vertical se dibujó justo aquí. —Acaricié con ternura entre las cejas con su pulgar—. Dime, ¿quieres que vaya a hablar con ella? Creo que ya es hora...

—¡No! —rechazó alzando su voz más de la cuenta y rectificó su tono—. No... Ella puede ser tu hermana, pero no la conoces cuando se trata de mí.

—La conozco, diosa mía. Deméter es de carácter temperamental, explosivo y rencoroso. Y yo me he llevado a su ser más amado. Lo más seguro es que quiera hacerme lo mismo que Crono a Urano. —Perséfone rio, pese a lo grave de ese escenario. La castración del señor primigenio del cielo por parte del señor del tiempo inició la segunda sucesión de poder en el mundo divino. Hades también rio, no obstante, repuso serio—: Pero por ti me arriesgaré a insistir hasta poder contarle que esto no es lo que piensa —ofreció tranquilo, sin dejar de acariciarla.

Perséfone se llenó de temor. Su madre era muy poderosa cuando la ira la cegaba, más de lo que creían los demás dioses. Hades era un iluso si pensaba que saldría indemne de una lucha en contra de su hermana. Podría incluso morir.

—No quiero perderte —admitió Perséfone—. Sé que, si mi madre tiene la oportunidad, me arrancará de tus brazos. No entiende que no he vivido lo mismo que ella... No tengo sus reparos respecto a los hombres. No querrá escuchar nuestras explicaciones, que nos amamos, que me ido porque así lo he querido.

Hades esbozó una sonrisa tierna. En el fondo, agradecía que Deméter

protegiera a Perséfone como una fiera, mas la diosa de la agricultura y la cosecha estaba cometiendo el error de castrar a su propia hija.

Durante siglos, Perséfone permaneció enclaustrada en la inmensidad de La Llanura, las tierras sagradas de Deméter, donde ningún hombre o dios podía entrar.

Sin embargo, algo con lo que no contaba Deméter era el acceso subterráneo que usaba Hades para llegar a la superficie, ni con la rebelión interna que crecía en su hija como una bestia salvaje.

En efecto, Perséfone tenía razón, Deméter era una diosa peligrosa y poderosa, pero Hades tenía la certeza de que los miedos de Perséfone se fundaban en lo poco que ella conocía del mundo divino. No había vivido la cruenta y larga Titanomaquia, no había sido devorada por su propio padre, no había visto el poder sobrecogedor de Zeus.

Hades no se sentía mejor por tener a Perséfone cautiva en el Inframundo, pero era por el bien superior de mantenerla alejada de su aprensiva madre por un tiempo. Si ocurría el milagro de aplacar la ira de Deméter, Perséfone sería libre de ir y venir hacia donde le placiera.

Porque el Inframundo siempre sería su hogar.

—Está bien, esperaremos un poco más, pero tendremos que hablar con ella tarde o temprano —decidió Hades. Miró a los ojos a Perséfone, adoraba esos iris de un singular color, que le hacía recordar al exquisito y dulce vino—. Ahora, esposa mía, es hora de amarte una vez más.

Perséfone sonrió. Amaba tanto a Hades. Añoró por tantos años ese momento de unirse a él, ser su esposa. Él la cortejó en secreto, lejos de los ojos de los dioses. Un idílico claro en los confines de La Llanura era su refugio. Una vez al mes Hades hacía aparecer el botón de una flor, y cuando abría sus dorados pétalos era el momento señalado para su encuentro.

Perséfone besó a Hades. Se llenó de efervescente anticipación cuando sintió que él se situaba entre sus piernas.

Un estruendo reverberó en el palacio del Inframundo y paralizó a los amantes.

—Zeus —murmuró Hades. Apresurado, se puso de pie y transformó su apariencia en el oscuro monarca del Inframundo, procurando ocultar sus tatuajes divinos. Dirigió brevemente su mirada hacia Perséfone, quien todavía estaba quieta como un ciervo asustado—. Quédate aquí. Tu padre ha venido a buscarte. Te llamaré cuando sea necesario.

Hades enfiló sus pasos hacia el salón principal, lugar donde estaba su trono y atendía sus asuntos infernales. Zeus le daba la espalda, estaba absorto contemplando unas tinajas decoradas con dibujos de la ceremonia del matrimonio celebrado entre Hades y Perséfone.

—Cerveza —dijo Hades y Zeus dio un respingo. El dios del rayo dio media vuelta y se encontró con el rostro serio y solemne de Hades, quien saludaba poniendo su mano en el pecho e inclinando su cabeza—. Las tinajas... cerveza de ambrosía —precisó, alzando su mirada.

—Ah. —Zeus no supo qué más agregar. No quería estar ahí, en ese lugar tan frío e inhóspito. Le daba la escalofriante sensación de que Hades podía arrancarle el alma si así lo deseaba.

—No te entregaré a mi esposa, mi señor —decretó Hades en tono monocorde, sin mayor preámbulo—. Yo hablaré con Deméter.

—En este preciso momento, a quien menos quiere ver es a ti. Hagamos esto de manera civilizada —rechazó Zeus, agradeciendo que su hermano no le hiciera perder el tiempo con conversaciones banales.

—Perséfone es mi esposa y la regente del Inframundo, no puedes llevártela. Romperás el equilibrio —insistió Hades—. No querrás tener una crisis entre el mundo de los vivos y los muertos.

—Antes de que ella se convirtiera en tu consorte no había problemas de equilibrio —repuso Zeus, escéptico.

—Es lógico, pero al unirme a ella el poder del Inframundo se ha compartido.

Zeus frunció el ceño. ¿De qué hablaba Hades? ¿Acaso eso era posible? ¿Le había cedido parte de su poder a su consorte? ¿Estaba loco?

—Es imposible que eso suceda. Hera no es más poderosa que yo, no hemos compartido el poder ni la influencia que tengo sobre mi reino.

—Ustedes son diferentes —respondió Hades, optando por una salida diplomática. Restregarle a Zeus sus fallos no era de sabios, más aún estando en una situación comprometida—. El asunto es que ella no puede irse de aquí.

Zeus se masajeó la nuca, estaba harto de la lucha de voluntades entre los dioses. Detestaba esa parte de ser rey, lidiar con los asuntos domésticos.

—Supongo que no tienes idea de lo que ha sucedido en la Tierra, ¿no?

—Aquí solo llega gente muerta, hermano. Por lo general, están más preocupados de tener óbolos para Caronte... Aunque...

Hades chasqueó sus dedos y un lienzo blanco descendió en medio de la estancia. Para asombro de Zeus, se veía en él a los tres jueces del Inframundo en sus estrados. En el estricto rigor, no era un portal, sino una vívida imagen de lo que pasaba en ese lugar.

—Señores jueces —saludó Hades. Minos, Éaco y Radamantis dirigieron su atención hacia el señor del Inframundo.

—Mi señor, qué honor tenerlo en este palacio. ¿Un interludio en su luna de miel? —preguntó Radamantis.

—Así es... ¿Hay alguna novedad de la que deba ser informado?

Los tres jueces alzaron sus cejas al mismo tiempo.

Tras largos segundos, Éaco tomó la palabra:

—Ha habido un alza considerable de almas.

—Y el motivo es... —Hades dejó la frase en el aire, conminando a los jueces a dar su respuesta.

Minos informó:

—Un par de batallas más grandes de lo habitual. Sin embargo, tam-

bién hay una inusual hambruna que ha azotado la Tierra desde... su enlace con nuestra señora Perséfone.

—Gracias, jueces. Sigán con su labor.

El lienzo ascendió y se perdió de vista.

El silencio reinó en el salón por largos segundos, en los que Zeus y Hades solo se miraban a los ojos.

—Deméter ha dejado de lado su misión —dijo Zeus por fin—. La tristeza y amargura la mantienen en un profundo estado de melancolía. Los humanos están muriendo de hambre, se han perdido cosechas enteras, no hay animales para los sacrificios. Es una situación que se está volviendo insostenible con cada día que pasa. Y Deméter no va a volver a hacer nada hasta que Perséfone vuelva a su lado. Como ves, tu esposa es la que mantiene el equilibrio tanto en el reino de los muertos como en la Tierra.

Hades no respondió. Tal como supuso, Deméter no iría a reclamar directamente al Inframundo, pero sí era capaz de sacrificar a los humanos.

No tenía alternativa. A él no le afectaba si los humanos le adoraban o no, pero sí a su esposa y a todo el mundo divino.

—Dile a Deméter que Perséfone estará mañana en su hogar —resolvió con resignación, pero no iba a dejar todo al azar.

—Sabía que serías razonable.

La estancia se iluminó y Zeus fue engullido por un haz de luz, el cual se esfumó tal como apareció, llevándose al dios de los cielos con él.

Hades, cabizbajo, volvió a su habitación. Era el fin de su paraíso. Perséfone lo esperaba ansiosa, su esposo solo se limitó a negar con su cabeza.

—No... —musitó Perséfone. No quería volver, no deseaba estar bajo la mirada avizora de su madre que la oprimía hasta el punto de la asfixia.

—Sí, tienes que volver, mi señora.

—¡No, Hades! ¡No me hagas esto, por favor!

—Es necesario...

—¡No! ¡No quiero volver! —exclamó Perséfone con los ojos anegados en lágrimas—. ¡Soy feliz contigo, aquí a tu lado!

Hades tragó saliva, se le estaba partiendo el alma, el corazón, la vida misma.

—Hay miles de humanos muriendo ahora, mi reina, a causa de la melancolía de tu madre por tu pérdida. No podemos ser tan egoístas, el equilibrio de nuestro mundo y de tu vida depende de los humanos.

—Pero no quiero dejarte...

Hades insinuó una sonrisa triste. Él tampoco deseaba eso, la quería cada día y cada noche de su vida.

—Y no lo harás... aunque no del modo que desees.

Miró hacia el jardín que había hecho para Perséfone. Un árbol de granadas había dado frutos debido a la presencia de su esposa, quien, tal como su madre, era la que llenaba de fertilidad ese trozo de tierra.

Avanzó hacia el árbol y sacó un fruto maduro. Una granada. Extrajo

tres frágiles granos rojos.

—Esto será lo que te atará al Inframundo para siempre —declaró Hades, exhibiendo los granos sobre la palma de su mano—. Cómelos y sellaremos un pacto que nada ni nadie conseguirá romper. Pero tiene un alto costo; no podrás estar demasiado tiempo lejos del Inframundo, seis meses como máximo, lo cual no es lo que pretendía. Yo quería que fueras libre de ir y venir a voluntad por todos los confines de la tierra.

Perséfone, sin dudar, tomó los tres granos y se los comió.

—Entonces que así sea. Soy tu esposa, soy tu reina, y no me importan las consecuencias —declaró llena de amor y convicción—. Espero que algún día mi madre me escuche, me perdone y me comprenda.

—Algún día me querrá como su yerno —bromeó Hades, intentando quitarle hierro al asunto—. Aunque tarde milenios.

—Así que mi nieto ha salido del Inframundo a buscar consejo —dijo Urano con un tono irónico, al recibir a Hades en su palacio situado sobre la cima del monte más alto de la tierra, donde casi se podía tocar el cielo—. Ya te habías tardado.

—Mi señor —saludó Hades. Humilde, puso la rodilla en el suelo y llevó su mano al pecho. Acto seguido se levantó con una expresión de pesar—. Solo quiero saber si hice lo correcto. Usted sabe lo que es tener los tatuajes divinos. Es el único que conozco que los ha tenido...

—Y los perdí. De la forma más estúpida, no lo olvides, muchacho —señaló el titán, resignado—. Pero ya nada se puede hacer. Cometí errores imperdonables y solo me conformo con recibir el tibio afecto de Gea.

—Lo sé, el poder corrompe.

—Y antes éramos más estúpidos. Todos en general.

—Creo que eso no ha cambiado mucho. —Ambos se miraron sin decir palabras, pues solo un nombre se les vino a la mente: «Zeus»—. Sin embargo, debo insistir, mi señor. Nadie es más idóneo que usted para tener una pequeña guía sobre lo que significa esto, lo que implica para los amantes.

Urano sonrió. Pese a que solo llegaban unas pocas historias sobre su nieto, sentía que lo conocía más que a cualquier otro.

«¡Tonterías de un primitivo titán!», se dijo, mas se retractó de inmediato, al fin y al cabo, era de su propia estirpe y su unión no solo era sanguínea sino también espiritual. Todos sus descendientes tenían parte de su alma.

—Siempre has sido diferente, Hades —sentenció Urano—. Incluso cuando se trata de amar. Mientras tus hermanos no valoran a sus consortes, tú has optado por respetar a la tuya. Amar es una decisión, la más grande que se toma en la vida. Mientras no lo olvides, no perderás a tu esposa.

Es todo lo que puedo decir.

Hades se sintió un poco mejor. Llevaba más de mil años añorando a su esposa durante esos seis meses que pasaba ella con Deméter en la Tierra.

Su suegra-hermana aún no deseaba escuchar ningún tipo de explicación. Todavía creía que él había secuestrado a Perséfone y que la había ultrajado. Nada más alejado de la verdad.

Lo único bueno era que Deméter ya no era tan estricta respecto a las libertades de su hija, mas había tomado medidas para que Hades no pusiera un pie en La Llanura mientras Perséfone estuviera con ella.

—Gracias, mi señor. —Hades le tomó el hombro a la deidad primigenia. Sin embargo, Urano le tomó la muñeca con fuerza.

Hades entreabrió su boca con sorpresa, al ver que su abuelo entraba en un poderoso trance. Sus ojos resplandecían al punto de inundar la estancia de un cegador dorado. El titán del cielo lanzó un grito estremecedor que obligó a Hades a tapar sus oídos y, aun así, logró escuchar la reverberante y gutural voz, decir:

—Veo vuestro futuro, señor oscuro y tenebroso. Tú y tu consorte albergan poderes terribles que aguardan en el fondo de sus almas. Cuando nazca la princesa del Inframundo... será el comienzo del fin del tiempo.

CAPÍTULO I

Inframundo, equinoccio de primavera 2020.

—Y así sucedió todo —finalizó Hades su relato.

—Cada vez que lo cuentas es mejor y mejor —sentenció Ignis, quien estaba sentada al lado de él, contemplando el cálido atardecer en la colina donde ellos se reunían. Un vasto y apacible lugar dentro de los sueños del señor del Inframundo, el cual en ese momento tenía un aspecto otoñal; los bosques que se divisaban a lo lejos estaban teñidos en carmines y ocres.

Hades miró de reojo a la joven Ignis. En el lozano y exótico rostro de ella se reflejaba el entusiasmo. La muchacha nunca se cansaba de oír esa historia. Hades sonreía ufano, como siempre lo hacía al terminar de narrar. Sin embargo, en su fuero interno aún le provocaba asombro tener como pupila a una diosa nueva. Desde hacía muchos siglos que no nacía en el Olimpo un nuevo ser divino con una nueva alma.

Los dioses habían sido condenados a no tener descendencia a menos que su enlace fuera de amor genuino. Lo que se volvió imposible, pues casi ninguno sabía lo que era el amor. Tampoco podían intervenir en el destino de la humanidad. En el único escenario en el que podían involucrarse con un humano era si se enamoraban verdaderamente. En ese caso, un dios sí podía afectar el destino de esa persona en particular.

Los dioses ya no eran adorados por los humanos, sin embargo, sus poderes seguían otorgando equilibrio en el mundo como fuerzas de la naturaleza, influyendo en el conocimiento, en las artes, en el tiempo... No obstante, la decadencia que trajo Zeus con su ambición de seguir gobernando como en antaño — pese a los numerosos intentos de derrocamiento y profecías que vaticinaban el fin de su reinado—, estaba ocasionando estragos en la Tierra.

Como consecuencia de ello, se cumplió la última profecía de Urano, la cual advertía el advenimiento del Señor de los Cuatro Elementos, el dios

que tomaría el poder en el Olimpo y se iniciaría una nueva era dorada de la mano de su consorte humana.

Hefesto, el dios del fuego y la forja, resultó ser ese dios. Sin ser realmente consciente de ello, controlaba los cuatro poderes elementales de la Tierra que convergían en él: fuego, agua, tierra y aire.

Zeus no pudo evitar perder ante el destino. Aferrado al poder, él mismo propició su muerte en una lucha sin igual, cara a cara con el Señor de los Cuatro Elementos, y murió en la tierra divina del Olimpo. Mas la condena que recibió por parte de los jueces del Inframundo fue que su alma se convirtiera en un árbol que creció de sus propias cenizas.

Tras derrotar a Zeus, Hefesto se transformó en el soberano de los dioses. No obstante, su mandato lo distribuyó en un triunvirato y gobernaba en igualdad el mundo de los dioses junto a Poseidón y Hades.

Tiempo después nació Ignis, la primogénita de Hefesto y Millaray, quien, por medio del ritual de Deméter, había dejado su mortalidad para ser la nueva diosa de la humanidad.

El nacimiento dio inicio a una nueva generación divina, y en su presentación a los dioses se manifestó en ella el poder de los sueños, el cual ostentaba Morfeo en la antigüedad.

Sin embargo, los dioses crecían muy rápido. Si Ignis fuera una humana corriente, sería un bebé a punto de cumplir dos años. En cambio, tenía la apariencia de una adolescente de doce años y la mentalidad de una mujer joven de veintidós.

En el mundo de los sueños, Ignis se presentaba como adulta.

Hefesto y Millaray nombraron cuatro guías divinos para su hija; Nereo, primigenio señor del mar; Hécate, la reina de las brujas; Perséfone, reina del mundo subterráneo y señora de la cosecha; y Hades, amo y señor del Inframundo.

Nereo la instruía en todo lo relacionado con el mundo acuático y sus reinos; Perséfone la instruía en la tierra y todo lo que crecía fértil en ella; Hécate era su guía espiritual y la magia que tenían sus poderes.

Y Hades, aunque no se consideraba apto para ser guía de nadie, tomó su misión muy en serio. Se encargaba de narrarle todas las historias del mundo divino —las versiones verdaderas, no las que diseminó Zeus entre los humanos—. Y también le ayudaba a canalizar el poder divino que residía en ella. Cuando era más pequeña, Ignis solía introducirse en sueños no apropiados para su discernimiento y criterio.

Cada día, la joven diosa se volvía más poderosa.

—Siempre pienso que tía Deméter, en la antigüedad, tenía serios problemas con su afán de proteger a tía Perséfone. Era supertóxica —reflexionó la joven—. Ojalá hubiera habido en ese tiempo ayuda profesional como ahora.

—Sí, pero has de concederle que ha cambiado mucho —justificó Hades—. Ahora me medio aprueba como yerno y puedo visitar a mi esposa

El señor del tiempo, el titán que engullía a sus hijos, era el gran conspirador del Olimpo. Incluso llegó al punto de intervenir en un punto crucial de la batalla entre Zeus y Hefesto, propiciando la derrota del primero, solo para asegurar la victoria del Señor de los Cuatro Elementos.

Crono, asumiendo que Hefesto era mucho más inexperto como gobernante y débil como contrincante, hiló una red de engaños para tomar el Olimpo por la fuerza. Como resultado, terminó asesinando a Hestia y, corrompiendo los frutos del árbol de Zeus, convirtió en demonios a Hera, Apolo, Artemisa, Dionisio, Atenea, Ares, Afrodita y Hermes, los cuales atacaron a Hefesto en desigual combate para doblegarlo y facilitarle a Crono tomar el poder.

Lo que el señor del tiempo no previó fue la intervención de la Senescal del Olimpo junto a su consorte humano, quienes dieron vuelta el tablero a favor de Hefesto. En último lugar llegaron el resto de los dioses que habían sido distraídos convenientemente por Crono; Helios, Poseidón, Hades y Perséfone.

De ese desastre solo pudieron recuperar a Dionisio y a Artemisa. Crono desapareció seguido por sus demonios sin dejar rastro.

Y de eso habían pasado dos años.

—Tío, no me subestimes. Crono estaba con la guardia baja, jamás imaginó que una diosa del sueño viajaría directamente a sus fantasías. Sé lo que vi, lo que ambicionaba.

—Una nueva consorte —agregó Hades—. ¿Quién sería tan ambiciosa para casarse con ese come bebés?

—Y también quiere una guerra —repuso Ignis—. Tomar el Olimpo de una buena vez. Las consecuencias serían desastrosas si lo logra con sus artes prohibidas.

—Pero ahora es imposible que tome el Olimpo —desestimó Hades—. Gracias a las habilidades de tu tatarabuelo se ha mantenido bien oculto el Olimpo —rebató Hades—. El alma de Hestia le enseñó bien a Ethan, Crono no podrá entrar. Y, convenientemente, el poder de tu nuevo tataratío es la protección del hogar de los dioses y del fuego sagrado. Dos guardianes por el precio de uno. ¡Qué mejor!

—Pero creo que el titán está haciendo lo posible por hacernos bajar la guardia haciendo experimentos con los humanos.

—Ya te he dicho millones de veces que Crono no puede intervenir en el destino de los humanos —negó haciendo un gesto indolente con su mano.

—En el estricto rigor seguimos interviniendo en el destino de los humanos como guardianes; desde el aire que se respira hasta la última ameba que chapotea en el agua sucia. Basta con que Crono haga una leve variación en el tiempo, y puede acelerar, retroceder o producir el caos en cualquier proceso biológico no humano... como una bacteria o un virus —argumentó Ignis, dejando a Hades sin habla. El silencio se extendió sobre

ellos por largos segundos. A la postre, Ignis suspiró y dijo por enésima vez—: Tío, no puedes mantener a tu hija oculta por toda la eternidad. No sé por cuánto tiempo lo has hecho, pero ya es suficiente.

Él no respondió de inmediato. Su mirada estaba perdida en los colores rojizos de ese etéreo atardecer que bañaba de dorado todo lo que los rodeaba.

—No entiendes nada. No tienes la más mínima idea de lo que significa tener sobre tus hombros el peso de saber que tu estirpe traerá el fin del tiempo —dijo, sin dejar de mirar el horizonte—, que solo traerá condenación para todos. La destrucción de todo lo que conocemos.

Ignis se abrazó a sus rodillas dando un suspiro. La brisa tibia acariciaba su rostro de piel olivácea y elevó sus largos cabellos negros. Ella, sin tener pruebas concretas, sabía que Hades, Perséfone y su estirpe eran la clave para dejar la antigua era atrás y convertirla en historia.

—Siempre he pensado que es el fin de Crono —sentenció Ignis con tono conciliador—. Tiene que ser eso.

—Como también puede ser el fin de Chronos —contrargumentó—, que es aún peor. El señor ancestral del tiempo primitivo marca el inicio y el fin de las eras. Si él muere, no solo nosotros desapareceremos, los humanos que debemos proteger también. Al final, lo único que quedará será una yerma roca orbitando el sol.

Ignis negó con la cabeza.

—No lo creo... —Suspiró—. Tío, no puedes hacerle eso a tu hija, ni a tía Perséfone por miedo... Puede ser que tu hija no sea la artífice directa de esa catástrofe. Las profecías de Urano, cuando no se cumplen, buscan otra forma de llevarse a cabo... o puede estar sucediendo ya...

—¡Mi señor Hades! —llamó una voz incorpórea que provenía fuera de la tierra de los sueños.

El señor del Inframundo miró hacia el cielo y, en el proceso, se desvaneció en el viento como si fuera un fino polvo negro y plateado.

—¡Maldición! —masculló Ignis y dio un puñetazo sobre la yerba—. ¡Estaba tan cerca de convencerlo!

Hades abrió los ojos de súbito y jadeó. Su corazón latía, golpeando su pecho.

Sus pulmones se llenaron de aire, se mantuvo quieto por unos segundos y exhaló con lentitud.

Con pereza se incorporó y miró a su alrededor. Estaba en su alcoba nupcial, en medio del jardín de Perséfone, el cual se marchitaba cuando ella no estaba. Mientras la primavera llenaba de vida el hemisferio norte, en el Inframundo y en el hemisferio sur el otoño comenzaba a desnudar

árboles y cubrir todo cuanto había con un manto que anunciaba la llegada del gélido invierno.

Hades se deshizo de esa punzada de melancolía, se consoló con la idea de que podía ver a su esposa cada vez que quisiera en La Llanura...

Pero no era lo mismo. Siempre se quedaba con la sensación de vacío cuando debía dejarla para atender los asuntos del Inframundo. Los humanos no dejaban de morir, e Ignis tenía razón, cada día eran más gracias a ese ridículo virus.

Se masajeó el cuello. Ignis lo agotaba cuando se ponía en plan insistente. Suspiró. Se sentía trasnochado y con resaca.

—¡Mi señor Hades! —Volvió a escuchar.

—Ya voy, ya voy —murmuró y se restregó la cara, al tiempo que se levantaba.

Transformó la holgada ropa negra de seda que usaba de pijama, y su apariencia cambió a la que usaba desde hacía más de siete décadas; como un humano corriente que disfrutaba del rock. Llevaba el cabello negro corto y desordenado, barba a medio crecer, usaba *jeans* negros, zapatillas y camiseta de Iron Maiden. A paso relajado salió de su alcoba y se dirigió al salón principal.

Cuando llegó, confirmó sus sospechas de quién lo llamaba. La apariencia era fantasmal, Hades supo de inmediato que el medio que usó su visita para llegar fue un viaje astral. El alma era más rápida que un salto de luz, la forma de viajar de los dioses, y no tenía la restricción de la distancia.

—En un día cualquiera te habría mandado a freír espárragos a la China, bruja —sentenció Hades, burlón—. Pero hoy te lo agradezco, me has evitado una conversación incómoda con mi pupila. ¿Quieres una cerveza de ambrosía? Ah, no, en ese estado sería un desperdicio.

—Mi señor, tan encantador como siempre —replicó Hécate brindándole la sombra de una sonrisa. La reina de las brujas puso su mano en el pecho y dio una leve inclinación de cabeza. No obstante, su expresión se tornó grave. Hades no pudo evitar sentir un ominoso escalofrío. Maldijo a Ignis por haberlo dejado con los nervios de punta. Hécate, quien notó el leve cambio en el semblante del regente del reino de los muertos agregó—: Mi señora Perséfone lo necesita urgente en el claro. Lo está esperando.

Hades no reaccionó. Sin embargo, en su fuero interno se alzaba el temor y el presentimiento de que algo no andaba bien. Su reina lo citaba a su antiguo refugio en La Llanura, y ella nunca usaba la palabra urgente a la ligera. Hades no necesitó más detalles.

—Voy ahora. Gracias, Hécate.

Invocó el poder divino que lo llevaría hasta ese lugar que quedaba relativamente cerca, por lo que le tomaría solo un salto de luz.

Un círculo luminoso y cegador, que se extendía hasta más allá de los confines de la tierra de los muertos, lo rodeó. Hades fue engullido por una luz divina y azulada. Su cuerpo gravitó y cerró los ojos.

Unos cuantos segundos después, solo había un rastro de partículas de luz flotando en el aire.

—De nada, mi señor —dijo Hécate y su presencia también se desvaneció—. Que El Creador los proteja.

